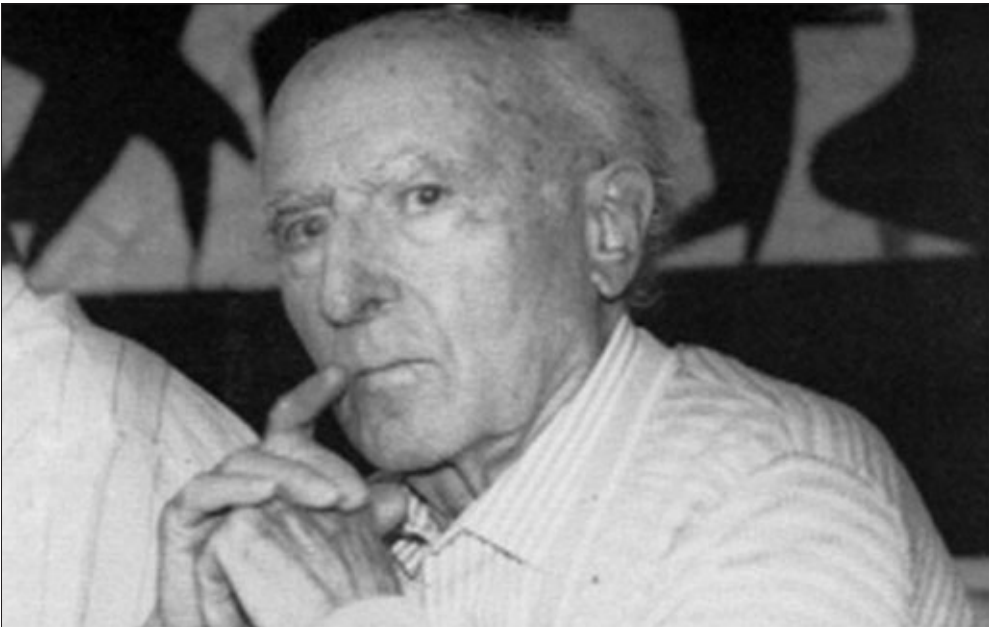


Entrevista

Constanza Tobío Soler: *La pluralidad intelectual de Lois Tobío*

Carmen MEJÍA y Verónica PALOMARES

Universidad Complutense. Madrid



Foi hermoso vivir coa ilusión de estar axudando a restaurar a vella casa común, escanastrada por alleos e alleiros, para despois enriquecela con novas construcións.(...) paso os anos finais da miña vida, estas últimas décadas, a observar o que pasa ao meu arredor e no mundo, agradecido ao destino por me ter concedido o don, que tantos non acadan, de completar o ciclo da vida.

Lois Tobío, *As Décadas*, 1994, p. 702

Madrygal hubiera deseado entrevistar a Lois Tobío, pero ya que no está con nosotros, tenemos la oportunidad de hablar con su hija, Constanza Tobío Soler, Catedrática de Sociología de la Universidad Carlos III de Madrid, quien nos ofrece un perfil de su padre, personaje plural y significativo en las letras gallegas, no sólo por la labor que hizo en Galicia, sino también en el exilio, faceta de unos años importantes para toda la cultura gallega y también para nosotros.



Constanza Tobío Soler

—**Madrygal:** Tenemos la idea de Lois Tobío Fernández como personaje plural, galleguista. Nos gustaría que nos hablases de sus orígenes.

—**Constanza Tobío:** Son tantos los recuerdos que hay que ser selectivo. Fue una larga vida la de mi padre, muri o hace tres años solamente y, además, era una persona que tenía una magnífica memoria. Contaba bien las cosas y le gustaba contar, como buen gallego. De eso habla en sus memorias, en *As Décadas*. Desde niño oyó muchas historias contadas por las mujeres de su familia, todas contaban historias de lo que acaec a en su Viveiro natal.

Su padre era el maestro de Viveiro; él no procedía de esa zona, él había nacido en Bri n, cerca de Santiago. Estudi o para maestro porque era el hijo segund n de una familia que tenía tierras de labranza. Pero en esa zona el sistema de transmisión de la propiedad rural era el mayorazgo, cosa que no es la pauta habitual en Galicia. Mi abuelo, como hijo segund n, lo que recib o fueron estudios. Estudi o para maestro en Santiago e hizo cursos complementarios de formación en Madrid, en la “Institución Libre de Enseñanza”. Era un maestro plenamente inscrito en esas corrientes de renovación pedagógica de finales del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. Después de varios destinos en Galicia fue a Viveiro como maestro, y allí conoci o a Mélida Fernández, mi abuela. Ella y toda su familia s  eran originarios de Viveiro y de las parroquias cercanas.

M  padre nace en 1906 y allí vive durante los diez primeros años de su vida. Vive en un lugar muy especial, en el *Convento de San Francisco*, que era un convento desamortizado, donde esta-

ban las escuelas y, también, la vivienda del maestro. All  transcurrieron los primeros años de su vida, en un auténtico paraíso infantil. Yo creo que a mi padre esos diez primeros años le marcaron muchísimo. El primer capítulo de *As Décadas* está dedicado a Viveiro, que era un mundo fascinante para un niño. Los recuerdos de ese momento tan especial de comienzos del siglo XX, son los de esa vieja Galicia rural todavía vigente, donde al mismo tiempo avanza la modernidad. Su padre era un maestro muy interesado por la innovación, la tecnología, la industria, y transmit o esa curiosidad intelectual a mi padre.

Mi abuelo, como buen maestro, pero también mi abuela, Mélida Fernández, le daban una gran importancia a la educación. Compartían esa idea krausista de la educación como instrumento de transformación, de cambio y, también, como la mejor forma de labrarse un porvenir. Los dos quisieron que sus hijos estudiaran en la universidad. De hecho, mi abuela insisti o en que fueran sus hijos y sus hijas, cosa que consigui o y era algo que, en aquel momento, no era tan habitual. Mi padre tenía cuatro hermanas, y excepto una que fue adoptada por unos tíos de Viveiro, todos estudiaron en la universidad. Para ello la familia se desplaz o de Viveiro a Santiago, precisamente cuando mi padre, que era el hermano mayor, tenía que entrar en el Bachillerato, porque en Viveiro no existía ni siquiera Instituto de Bachillerato.

Lois Tobío Campos, el abuelo, se va a trabajar como profesor de la Escuela Normal en Santiago. Mi padre empieza el Bachillerato allí. Al mismo tiempo estudia francés y alemán, hecho poco habitual en aquel momento. Alemán, porque era la lengua científica de la época. Mi padre dud o entre estudiar Derecho o Medicina. Le gustaban las Matemáticas y, también, le atraía Filosofía y Letras. Era un buen estudiante, pero, finalmente, se decidi o por Derecho. En Santiago, a parte de sus estudios formales, una vez que entra en la Universidad conecta con el movimiento galleguista...

—**M.:** Lois Tobío forma parte del *Seminario de Estudios Gallegos*, pertenece al partido galleguista, participa en el *Anteproyecto del Estatuto Gallego*  C mo es la trayectoria de toda esta actividad?

—**C.T.:** Eso fue una secuencia temporal. Mientras él est a en la universidad en los años 20, con un grupo de compañeros y un grupo de profe-

sores deciden crear el *Seminario de Estudos Galegos*; *Seminario*, porque la palabra y el contenido *seminario* remitían a las nuevas tendencias de trabajo intelectual venidas sobre todo de Alemania; es decir, la idea de *seminario* alude a trabajo en equipo, a trabajo pluridisciplinar, a un enfoque de su actividad muy distinto de lo que era la universidad tradicional, vetusta y rutinaria. En 1923 crean formalmente el *Seminario de Estudos Galegos*, y lo hacen en la casa natal de Rosalía de Castro que, casualmente, estaba emparentada con mi padre. Cuando este grupo de estudiantes decide crear el *Seminario*, hacen un viaje a Ortoño. Visitan la casa donde se había criado Rosalía y visitan a los parientes que todavía quedan allí. Es el acto fundacional de entronque con la tradición gallega.

El Seminario tuvo una vida muy rica, hasta que todo se truncó en la Guerra Civil. Fue una gran actividad desde el punto de vista de la investigación científica, también desde el punto de vista literario, histórico, lingüístico y político-administrativo. Pero, quizá, la aportación más relevante de mi padre se produce ya en los años 30, después de la proclamación de la República, cuando se plantea la cuestión de la forma jurídica de la Autonomía Gallega; entonces se le encomienda al *Seminario* elaborar un *Anteproyecto de Estatuto de Galicia*. Mi padre es una de las personas que participa en la elaboración de este *Anteproyecto* y, de hecho, es la persona que aporta más desde el punto de vista de la formalización jurídico-política.

Mi padre cuando termina los estudios de Derecho, en el año 1927, viaja a Berlín con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios a estudiar *Teoría del Estado* con Hermann Heller, que es el especialista alemán por excelencia. Está allí durante algo más de un año. Para él fue descubrir el mundo con mayúsculas, ya que él no había salido nunca de Galicia, apenas había pisado la raya de Portugal en algún verano. Llega a Berlín y se siente enormemente a gusto en esa ciudad, que era la capital cultural del momento, la capital científica, una ciudad cosmopolita, enormemente abierta. Hay otros amigos suyos, gallegos y no gallegos, que están también en Berlín, como Fernández-Armesto y Risco. Allí hizo muchas amistades con alemanes y completó su formación en materia jurídica y en *Teoría del Estado*. De hecho, después mi padre sería el traductor al español de la *Teoría del Estado*, una traducción que hizo nada más salir al exilio, en La Habana, en el año 40; creo recordar que es una de

las primeras traducciones que hay a una lengua distinta del alemán.

Todo eso es lo que explica por qué la participación de mi padre fue tan determinante en la forma jurídica que debería adoptar el *Anteproyecto*. Ese es un documento que queda ahí para la historia de Galicia, un documento y un referente muy importante, al que ahora se está volviendo y, probablemente, sea interesante volver. Después, se desarrolló el *Estatuto*, que no pudo llegar a ser aprobado en la Cortes porque era ya julio del 36. Fue aprobado posteriormente, pero eran las Cortes de la Guerra Civil, unas Cortes parciales. Después, tuvimos el *Estatuto de Galicia* vigente y, ahora, comienza el proceso de discusión del nuevo *Estatuto*. Por lo tanto, no cabe duda de que es un documento que inscribe plenamente la Autonomía Gallega en el contexto de una España general.

—**M.:** Estalla la Guerra Civil y la labor galleguista de Lois Tobío se ve truncada. ¿Qué hace Lois Tobío durante la Guerra Civil? ¿Cuándo decide exiliarse?

—**C.T.:** Su carrera profesional estaba orientada al mundo académico, por eso va a Berlín a completar estudios. Cuando vuelve, ve que una rápida cátedra en el campo del “Derecho Administrativo” no era fácil, porque había pocas cátedras y estaban ocupadas por personas jóvenes. Por otra parte, el hecho de haber vivido en Berlín durante más de un año le abrió una ventana a un mundo mucho más amplio, a un mundo con mayúsculas que le produce un interés por viajar, un deseo de vivir en otros lugares. Vuelve como profesor a la Universidad de Santiago, gana una plaza de profesor auxiliar.

En el año 31 se convocan plazas a la carrera diplomática, que no se habían convocado desde hacía diez años, y la carrera diplomática se reestructura. Se presenta a las oposiciones de la carrera diplomática con éxito y en el año 33, si no recuerdo mal, se incorpora como secretario de legación a la Embajada de España en Sofía. Desde el año 33 hasta el año 37 vive en Bulgaria, en Sofía, como diplomático de carrera. Cuando estalla la guerra, el jefe de Misión, después de varias dudas y vacilaciones, decide adherirse al régimen de Franco. Mi padre en su casa pone un letrero que dice: “Legación de la República Española”, y allí recibía el apoyo y la solidaridad de muchas personas de Sofía y Bulgaria que venían a interesarse por lo que estaba ocurriendo en

España. Él siempre contaba la anécdota de cómo un día llamaron a la puerta, abrió y vio a un hombre vestido de pastor que -casi sin saludarle, sin dejarle hablar- le preguntó: “¿cayó Talavera?”. Incluso personas que vivían en lugares apartados del país estaban pendientes de lo que estaba ocurriendo -en esos meses de septiembre, octubre-cuando Madrid estaba amenazado.

En el 37 mi padre es llamado a filas y vuelve a España. Está durante unos meses en el ejército, como teniente de artillería en el frente del Ebro; pero, cuando se sabe que hay un diplomático de carrera leal a la República como jefe de artillería en el frente del Ebro, el Ministerio de Estado considera que, probablemente, puede realizar funciones de mayor utilidad para la República en otro tipo de cometidos. Le envían al Ministerio de Estado y, durante esos meses, trabaja como diplomático en actividades muy diversas: desde inspecciones consulares hasta gestiones de tipo diplomático. Finalmente en 1938, cuando nombran ministro de Estado a Álvarez del Vayo —con el último gobierno de la República— ofrecen a mi padre la secretaría general del Ministerio de Estado y acepta. Por lo tanto, estuvo allí en el año 38, cuando todo estaba perdido para la República.

Por ello fue expulsado de la carrera diplomática y se retrasó muchísimo su reincorporación. El argumento determinante para negarle el reingreso en la carrera fue que: “Lois Tobío había demostrado ser un republicano contumaz”, porque cuando todo estaba perdido para la República aceptó un puesto de responsabilidad; el tercer puesto de responsabilidad en el Ministerio de Estado y no había justificación posible. Por eso no reingresó hasta el año 74, un año antes de su jubilación, gracias a que Cortina Mauri —compañero suyo de promoción— era ministro de Asuntos Exteriores y quiso que todos los republicanos expulsados que pidieran el reingreso fueran admitidos. De hecho, fueron admitidos todos los que lo pidieron. Es verdad que ya eran una minoría, porque muchos habían muerto y quedaban muy pocos, pero todos los que lo pidieron reingresaron, excepto uno que nunca lo quiso pedir, también compañero de promoción de mi padre, Francisco García Lorca, hermano de Federico.

Llega el exilio. Mi padre está en Barcelona con el gobierno, con Álvarez del Vayo. El gobierno de Barcelona se repliega a Figueras y él sale de Barcelona cuando entran las tropas franquistas. Se va a Francia y de allí, una vez que termina la guerra, va a La Habana. Al final llegan a Montevideo.

—**M.:** ¿ Él sale solo? ¿Dónde y cuándo conoce a tu madre?

—**C.T.:** No. Eso es otra historia curiosa y bonita. Mi madre era catalana, vivía en Barcelona. Era una joven estudiante de Filosofía y Letras, miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas durante la guerra. En el año 38, la situación era muy dura en Barcelona, todo el mundo pasaba hambre. Como mi madre era estudiante de la Universidad de Barcelona tuvo la oportunidad de ir a vivir a una residencia de estudiantes; de esta forma tenía comida y ayudaba a su familia. Mi padre cuando va a Barcelona con el gobierno reside, también, allí. Se conocen en la Residencia de Estudiantes.

Cada uno tenía un lugar adjudicado en las mesas y la servilleta la tenían que dejar en el sitio que les correspondía. Mi madre contaba que un día comiendo oyó a alguien que contaba historias del centro de Europa, de Viena... y le llamó la atención, le interesó. Un día, antes de la cena, cambió su servilleta de lugar y la puso al lado de la de mi padre. A partir de ahí fue todo muy rápido, fue un romance. Esto debió de ser en octubre del 38, aproximadamente. Yo conservo un diario de mi madre donde cuenta todo esto. Se enamoraron en esos meses y decidieron casarse unos días antes de la caída de Barcelona, el 23 ó 24 de Enero, y tomaron la decisión de que saldrían juntos. Mi madre la relata como una boda muy atípica, en la que no hubo nada, ni invitados, simplemente dos testigos de su familia y dos testigos de boda: el subsecretario de Asuntos Exteriores, y Anselmo Carretero, que era amigo de mi padre —muy citado por Maragall como teórico del nacionalismo— y que, también, estaba en el Ministerio de Estado.

En la madrugada de la noche de bodas les despertaron diciendo que tenían que salir, porque iban a entrar las tropas de Franco y se marcharon. Ellos creían que era por poco tiempo, como tantos otros republicanos, sobre todo los que estaban muy próximos a Negrín. Ellos pensaban que la Guerra Mundial iba a estallar inmediatamente y que el conflicto en España se iba a vincular al conflicto general. Todo fue muy rápido. Salieron a Francia y lo que no podían imaginar es que iban a tardar 25 años en volver a España.

—**M.:** ¿Se quedaron en Francia mucho tiempo?

—**C.T.:** Se quedaron un tiempo, pero no mucho, creo que unas semanas. Estuvieron en París. Hubo una serie de problemas porque mi madre salió sin

documentación y todo fue muy complicado, pero al final pudieron salir de Francia.

Fueron a La Habana. Desde allí mi padre tuvo que hacer una serie de gestiones para sacar de España a su hermano Carlos. Estaba en una situación muy difícil porque era fiscal militar y no lo encontraron, lo condenaron a muerte en rebeldía, pero consiguieron sacarlo de España.

Estuvieron unos meses en Cuba. Mi padre tenía esperanzas, el ambiente era acogedor y muy hospitalario para los republicanos españoles. Allí tuvieron relación con Concha Méndez, con Manuel Altolaguirre... En Cuba había varios proyectos, pero surge un proyecto de colaboración para la creación de un colegio en México. Hubo varios proyectos, uno de ellos, el colegio Ruiz de Alarcón; fue un proyecto que puso en marcha otro gallego, Luis Martull, casado con una hermana de mi padre, que también se exilió. Luis Martull tenía una buena relación con el presidente Cárdenas y mis padres deciden ir a México. Nada más llegar allí les dieron la nacionalidad mexicana a los dos, como a todos los republicanos españoles. En México estuvieron un año, aproximadamente.

Finalmente deciden dejar México e ir al Uruguay. No era fácil entrar allí, no fue un país que abriera sus puertas a los exiliados como México, pero mi madre había nacido en Uruguay. De hecho, ella, que había salido sin documentación, consigue en Francia un pasaporte uruguayo, porque tenía su partida de nacimiento uruguaya. Por el hecho de ser uruguaya mi padre tenía posibilidad también de conseguir entrar en el Uruguay.

Uruguay significaba aproximarse a la comunidad gallega, que estaba casi toda en el Río de la Plata; estar cerca de Castelao. En Estados Unidos, que habían estado anteriormente, se reencontraron con Castelao.

En esos años mi padre trabajó en una serie de actividades relacionadas con la organización del exilio; la organización en primer lugar al nivel más básico, la ayuda, el apoyo... no sólo a los gallegos, sino intentar organizar, en general, el exilio. Después, muy pronto se empieza a plantear la cuestión de cómo mantener presentes y vivas las instituciones gallegas republicanas, la legitimidad y la legalidad republicana. Esto se hizo a través del Gobierno de la República en el exilio, se hizo con la Generalitat, con el Gobierno Vasco y se hizo, también, en Galicia, ahí mi padre tuvo un papel clave. Castelao le encomendó de nuevo —esta era una de las razones por las que mi padre quería aproximarse al Río de la Plata— una

labor de formalización jurídico-política: la búsqueda de una fórmula para crear una institución que representara la Autonomía Gallega.

La situación era problemática porque así como el Estatuto Catalán se llegó a aprobar o el Vasco, el Estatuto Gallego se quedó truncado, sin fuerzas. De esta forma se creó el *Consello de Galiza*. Mi padre fue el teórico de esta institución, que era la agrupación de los diputados gallegos en las Cortes Republicanas; aquellos que habían ido en julio del 36 al Parlamento en Madrid para votar el Estatuto Gallego, hecho que se vio truncado por el levantamiento militar. Esta institución fue la que mantuvo viva y recogió todo este proceso de creación de instituciones autonómicas gallegas. Luego el devenir de esta institución fue mucho más problemático que el del Gobierno Vasco o el de la Generalitat Catalana. Este fue el planteamiento que se hizo y él consiguió legalizarlo. Funcionó durante los años 40 y 50, hasta algo después de la muerte de Castelao. Luego entró en una situación de ilegitimidad.

—**M.:** Lois Tobío estaba, absolutamente, volcado hacia el galleguismo. ¿Qué podrías destacar?

—**C.T.:** Él tenía una participación activa en todo lo que eran las actividades del galleguismo en el exilio, como decías al comienzo, de forma muy variada y muy plural. Él colaboraba en la revista *Galicia Emigrante*, y solía decir que a lo largo de su vida le había tocado ser secretario —más de treinta veces— de todo tipo de instituciones variadas y distintas. Él jugó un papel muy destacado en el “Congreso de la Emigración”, que se celebró en 1956 y del que ahora celebramos el 50 aniversario con un gran congreso en Santiago. Él fue el que dio forma jurídica a todo ese proyecto haciendo el temario, el reglamento del congreso... todo esto eran maneras de mantener viva la actividad del galleguismo, de mantener vigentes las instituciones.

—**M.:** Colaboró en un programa de radio en Montevideo.

—**C.T.:** Sí, colaboró en un programa de radio, *Sempre en Galiza*, que es el programa decano, el más antiguo que hay en la radio uruguaya, en radio “Carve”. Se programa todos los domingos a las nueve de la mañana y sigue existiendo. Tiene 56 años, es conmovedor... Cuando se cumplieron los 50 años, vino una delegación de Montevideo a darle a mi padre la *Vieira de Plata* y a ofrecerle toda

una serie de actos de conmemoración, le hicieron un homenaje, programas especiales de la radio.

—**M.:** **¿Qué significaba ese programa para los gallegos del Uruguay?**

—**C.T.:** Cuando fuimos a Viveiro a por las cenizas de mi padre para esparcirlas en la Ría de Viveiro, conocí al alcalde, Melchor Roel, un uruguayo de familia gallega que, desgraciadamente, no conoció a mi padre. Melchor contaba que sus primeras asociaciones infantiles a Galicia eran con el programa de radio Carve, que escuchaba desde niño todos los domingos por la mañana. Todos los gallegos del Uruguay oían el programa los domingos por la mañana. Mi hermano y yo, también, lo recordamos. Mi padre fue uno de los promotores de esa radio. Él participaba muy activamente. Es un programa que tiene un poco de todo, música, entrevistas... y tenía, entonces, toda una serie de textos leídos sobre Galicia: desde la geografía, las costumbres, los lugares y la historia. Muchos de esos textos los escribía mi padre. Esa fue otra vertiente de su actividad en el exilio.

—**M.:** **Háblanos de la faceta de traductor de Lois Tobío**

—**C.T.:** Mi padre vierte textos poéticos al gallego; una actividad que empezó a hacer muy pronto, en los años 40, y que dio un fruto interesante en el año 47, cuando Plácido Castro, Gurriarán y mi padre hacen una antología de poesía francesa e inglesa vertida al “galego” y ganan un premio de la Federación de Sociedades Galegas de Buenos Aires. Esta antología la publica *Alborada* en el año 47 y ahora la ha reeditado Galaxia. Para él era muy importante verter al “galego” la literatura universal y, especialmente, la poesía. Esa es una actividad que empieza entonces y que sigue a lo largo de toda su vida. Él era un gran lector de poesía.

En los últimos veinte años de su vida tiene una dedicación muy activa en la traducción. Traduce a Rilke, también las *Elexías*, que están inéditas. Traduce el *Fausto* completo. Empieza a traducir después de escribir *As Décadas*. Empezó el *Fausto* sin saber si lo terminaría, ya que es una obra ingente. Terminó la primera parte y comenzó la segunda. También ha traducido a Brecht. Al final sólo traduce del alemán al “galego”, sus dos lenguas preferidas, aunque él amaba todas las lenguas, pero esas son sus dos lenguas más queridas, a las que se sienten más próximo, sobre todo para la versión poética.

La traducción es otra vertiente de su actividad intelectual, que tenía un componente de placer

íntimo, personal, pero también militante, de aportación, de hacer de mediador entre lenguas, entre culturas. Él sentía que esta tarea de versión poética era algo que él podía hacer muy bien y era algo que debía ser hecho.

En América, desarrolla un importante papel en el inicio de distintos proyectos. Mi padre era una persona a la que le gustaba trabajar desde la base, para hacer posible las cosas. Otra aportación importante de mi padre, pero discreta, fue sacar adelante la edición de la *Historia de Galiza* de Otero Pedrayo. Fue un proyecto que le encomendó Manuel Puente —el benefactor de la cultura gallega— a Castela; pero era un proyecto problemático que Castela no conseguía sacar adelante, porque era muy difícil. Le piden a mi padre que se encargue de la coordinación y de la gestión de este proyecto y, finalmente, consigue sacarlo adelante. Fue un trabajo inmenso, pero dio su fruto.

—**M.:** **Como exiliados, ¿qué ambiente había en vuestra casa? ¿teníais siempre la idea de volver? ¿cómo vivíais Galicia desde la distancia?**

—**C.T.:** En mis recuerdos siempre estaba la idea de que en nuestra vida había cierta provisionalidad. Siempre estaba presente la idea de que nosotros pertenecíamos a otros lugares; pertenecíamos a España y pertenecíamos a Galicia. Eso siempre estuvo presente. Y éramos distintos, lo que ocurre es que en Uruguay casi todos eran distintos. Nosotros éramos una modalidad específica de diferentes, y, al mismo tiempo, nos sentíamos muy uruguayos. Había una dualidad, o una multilateralidad en la que estaba muy presente esa idea de pertenencia a otro lugar. Pero, al mismo tiempo, se pertenece al lugar en el que estábamos. Eran las dos cosas a la vez. Yo creo que durante bastante tiempo eran dos ideas que no convivían mal, al menos en mis recuerdos infantiles, aunque hubo años muy duros. En la primera fase del exilio, de mera supervivencia económica, porque, como todos los exiliados, habíamos perdido todo.

Nosotros éramos una familia; mi hermano nace en el 45. Cuando yo nazco, en el 54, todo era más fácil, pero era dura la supervivencia económica. Mi padre tuvo que hacer muchos trabajos alimenticios. Es verdad que interesantes. Él vivió mucho de traducciones, elegidas y especiales, como la de Hermann Heller. Le gustaba, pero era una actividad muy dura, no muy bien remunerada. También trabajó en *El Día*, que era el periódico principal de Montevideo, como comentarista de política internacional, durante todos los años de la

Guerra Mundial. Escribió muchísimos ensayos y artículos en el dominical del periódico.

—**M.:** **¿Todo lo que él ha escrito está recogido en algún volumen?**

—**C.T.:** No, eso hay que hacerlo. Casi todo lo que él escribió lo tengo yo, pero no se ha vuelto a publicar. Las crónicas de política internacional están en la hemeroteca de *El Día*. Yo conservo casi todas las series que escribía en los dominicales. Hay una serie muy bonita que se llama *Nieves de Antaño*, que son mujeres ilustres en la historia, como la Emperatriz Teodora, la Pompadour, etc. Tiene muchas cosas guardadas muy bonitas de ese tipo. Tiene mucho también en Viveiro, pero eso todavía está por hacer. Hubo una fase dura en la que tenían que trabajar mucho para vivir, además de toda la actividad relacionada con el exilio, la organización, el galleguismo...

—**M.:** **¿Cómo es la vida en Montevideo?**

—**C.T.:** Era una vida difícil, muy austera. Recuerdo, en el diario de mi madre, en el año 44 ó 45, leer: “qué vida tan dura llevamos, cómo ansiamos poder tomarnos unos días de vacaciones”. Mi madre también trabajaba, le ayudaba en las traducciones. Luego vino el año 45, cuando termina la Guerra Mundial, un año de esperanza, pero los años 46 y 47 fueron de depresión, durísimos. Cuando ven que ha terminado la 2.^a Guerra Mundial sintieron una alegría inmensa, porque pensaron que las cosas iban a cambiar en España. Pero no cambiaron. Todo seguía igual, la horrible España de Franco no se movía.

Son los años, por otro lado, de la estabilización en la vida de Uruguay. Un país culto, rico, próspero. Montevideo era una ciudad cosmopolita, con gentes venidas de lugares muy diversos del mundo. Ellos fueron enormemente felices en Montevideo. Además, ya en el año 47, gracias a José Giral y a Antonio Giral, su hijo, se monta en Montevideo una sección de los laboratorios Roche, para dirigir un centro de difusión médica, publicidad y propaganda de estos laboratorios. La dirección la lleva Antonio Giral. Mi padre entra a trabajar allí con otros exiliados republicanos y con otros exiliados judíos de todo el mundo. Eso supone para mi padre una estabilización económica; también supone que puede dedicarse más activamente a temas relacionados con el galleguismo y que la vida sea más fácil.

La verdad es que en esos años, cuando yo nazco, la vida en Montevideo es muy amable, es una

vida muy rica y variada. Siempre estaba esta idea de que pertenecíamos a otro lugar donde teníamos parientes, que era Galicia, Barcelona, España...todo está muy mezclado. En Barcelona donde estaba la familia de mi madre, Galicia la de mi padre y, genéricamente, España. Pero, por otra parte, Uruguay fue una sociedad —de acogida difícil, pero hospitalaria en su conjunto— que dio la posibilidad a los republicanos españoles de poder desarrollarse desde la ruptura. A mi padre le truncaron su vida profesional; con treinta y pocos años tenía un brillante porvenir profesional como diplomático y todo eso tuvo que reorientarse. Primero iba para catedrático de universidad, después se reorientó voluntariamente al mundo de las relaciones internacionales y de la diplomacia. La guerra le truncó todo eso y tuvo que rehacer su vida como pudo. Y lo hizo. Aunque la pérdida fue tan enorme que todo se recuperó con un gran coste y mucho sufrimiento, con una dureza terrible. Fue una pérdida no sólo individual, sino colectiva.

—**M.:** **¿Cuándo deciden volver? ¿qué implica la vuelta?**

—**C.T.:** Ellos querían volver. De hecho, mi madre, que ve cómo las cosas no cambian después de que termina la Guerra Mundial, pasó una época muy mala de depresión, de fuerte nostalgia de España. Mi abuelo paterno muere en el 45, mi abuela paterna en el 54... mi padre nunca vuelve a ver a sus padres. El tiempo pasa, las familias están separadas durante 25 años. Todos los exiliados querían volver en cuanto fuera posible, pero no es fácil la vuelta. A mi madre la fueron a buscar varias veces a su casa porque tenía una acusación de ser masona, cosa que jamás había sido, pero amigas suyas que habían hecho lo mismo que ella, simplemente ser militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas, pasaron varios años en la cárcel. Todos los exiliados quieren volver, pero no es fácil volver y arriesgarse a cualquier cosa en esa España terrible. Mi padre había sido expulsado de la carrera. Después no era fácil volver y ser capaces de desenvolverse económicamente. No volvían con 20 años.

En el momento del exilio, simplemente, hay que salir. El momento del retorno exige una planificación muy cuidadosa y exige que haya oportunidades. Hay muchos exiliados que nunca tuvieron la oportunidad de volver. Incluso habiendo oportunidades el regreso es muy complicado, tiene muchas facetas, muchos frentes, desde los más íntimos y psicológicos, hasta los más materiales.

Mi padre tiene la oportunidad de regresar en el año 62 y decide volver, pero con incertidumbres. La oportunidad de volver surge con los laboratorios Roche. Todo se cierra en Montevideo y se traslada a Madrid. Mi padre tiene tres opciones: venir a Madrid a esta nueva sección que crea Roche, ir a Basilea a trabajar también en los laboratorios Roche, o ir a Nueva York, porque había sacado una plaza de traductor de las Naciones Unidas. Es, entonces, cuando hay un momento de encrucijada. Se plantean seguir en Montevideo, pero ya no querían, porque la situación empezaba a volverse problemática; en los años 70 sería terrible, con las dictaduras militares. Finalmente, deciden ir a Madrid. A pesar de la incertidumbre, mi padre va a la Embajada y pregunta si hay cargos contra él; le dicen que los cargos habían prescrito; ese era el riesgo que al entrar en España le encarcelaran, pero nunca sabes muy bien lo que puede suceder. De hecho, nada más entrar en territorio español, mi madre fue interrogada por el tribunal para la prevención del comunismo y la masonería que existía entonces, y durante un par de años la citaban periódicamente hasta que despareció ese tribunal.

Todos vinimos con pasaporte uruguayo. Mi madre entraba con su pasaporte uruguayo en la boca y con su mejor abrigo de pieles, pero tenía que soportar todo tipo de interrogatorios: “díganos quiénes eran sus compañeros masones”; mi madre respondía: “pero si yo nunca fui masónica”. Esto era un error, eran algo incultos. Mi madre había tenido mucha relación con cuáqueros de universidades americanas que habían puesto en marcha un programa de cooperación y ayuda a la Universidad de Barcelona y mi madre era el enlace. El caso es que mi madre tenía una acusación de masona desde el año 39 y eso duró hasta el año 65. ¡Cuántas equivocaciones!

El retorno no fue fácil desde ningún punto de vista; no fue fácil el reencuentro con esa España terrible. No fue fácil venir de un país moderno, avanzado, próspero, rico y encontrarnos este país oscuro, de sombras, donde la religión estaba por todas partes, todo lo impregnaba. Para mí, como niña, la mayor sorpresa era la religión. Yo tenía ocho años, casi nueve. En Montevideo iba a un colegio norteamericano metodista, donde nos hablaban de la Biblia. Mi padre era agnóstico, mi madre era cristiana a su modo; celebrábamos la Navidad, y yo sabía que existía la Biblia, pero nada más. No sabía lo que era la primera comunión, ni lo que era la misa de domingo. Incluso en un colegio inglés donde yo iba, la percepción de España era la de un país muy opresi-

vo. Yo nunca había percibido el temor y en España percibíamos el miedo. Eso era algo muy nuevo para nosotros.

No fue fácil la relación, el reencuentro con un país que no tenía nada que ver con el que habían dejado antes, después de 25 años de dictadura. Lo que encontraron mis padres su España, su Galicia y su Barcelona, su familia incluso eran los restos. En principio era muy difícil conectar aquello. Luego, se ha ido recuperando poco a poco. Yo creo que fue de una dureza terrible; por una parte la alegría del reencuentro de mi madre, que todavía pudo ver a su padre y a su madre vivos, sus hermanos, sus primos... pero al mismo tiempo, todo pasado por el horror, por los desaparecidos, los encarcelados, el sufrimiento, el olvido. Yo recuerdo el reencuentro de mi padre con su hermano Alfonso, a quien quería muchísimo, médico de izquierdas, republicano, que se quedó en la Coruña, donde siempre vivió. A él lo movilizaron las tropas de Franco; tuvo que trabajar como médico militar y vio tantos horrores... La viuda de mi tío Alfonso me contaba el dolor del tío Alfonso al tener que ir a la cárcel de La Coruña a presenciar fusilamientos. El horror tampoco es algo nuevo, esto también lo cuenta mi padre: el reencuentro en Barcelona con Castela y con todos los gallegos que habían podido salir de Galicia durante la guerra, todas las noticias que llegaban de Galicia, los fusilamientos de tantos conocidos...

La vuelta a España significaba percibir vívidamente el espanto de lo que vivió este país, no solamente el espanto agudo sino el espanto convertido en vicisitud. Recuerdo la indignación de mi madre con su propia familia porque, después de 25 años viviendo en la España de Franco, llegaba a un punto en que ya no se indignaba con Franco ni con el Régimen, se indignaba con su propia madre a quien decía: “pero tu hija se tuvo que exiliar durante 25 años”.

En los años 60, se va desarrollando la sociedad de consumo, el país va mejorando, se va olvidando... quizá este es el punto, cuando los exiliados vuelven en los años 60 y 70, salvo excepciones muy puntuales, se encuentran con una España que, en gran parte, ha olvidado. Volver para los exiliados es, por una parte, el dolor de recordar todo lo que pasó, pero, por otro lado, es la sorpresa y el dolor de ver hasta qué punto todo eso se ha olvidado. Esa doble cara es lo terrible; las dos son terribles, porque una es el dolor de recordar y la otra el dolor de ver que todo se ha olvidado. Probablemente, los exiliados mantuvieron la memoria más viva; quizá

porque se lo podían permitir; quizá porque en el exilio era factible mantener viva la memoria mucho más que dentro de España, donde era imposible. Hay toda una serie de mecanismos de supervivencia y el olvido es uno de ellos.

—M.: ¿Crees que Lois Tobío obtuvo al regresar el reconocimiento a su labor en el exilio o no?

—C.T.: En términos generales hay una cierta sorpresa por parte de los exiliados cuando retornan y ven que en gran medida se les ha olvidado también a ellos. Eso fue así y creo que casi todos los exiliados que retornan lo viven con más o menos comprensión. En el caso de mi padre con mucha comprensión. En general los exiliados tienen poca presencia. Mi padre tendía a comprenderlo, a pensar que realmente todo aquello estaba ya muy lejos en el tiempo, que había ahí toda una serie de mediaciones o toda una serie de conexiones. ¡La Guerra Civil había roto tantas cosas ...! y él tendía a pensar que las jóvenes generaciones en España tendrían que ir encontrando su camino, encontrando un camino nuevo. Él tendía a entenderlo bien, a aceptarlo bien; pero es duro ver que todo aquello que se hizo, en gran medida, ya sólo pertenece al pasado. ¡Puede que no sea así...!

Existe un componente generacional al que se sumaban muchas cosas; por un lado, la ruptura que supuso la Guerra Civil; por otro lado, mi padre siempre decía que las nuevas generaciones tenían que encontrar su camino y aportar nuevas cosas, que el pasado estaba ahí y que se podía utilizar. ¿En qué medida se podía valorar más toda la labor realizada en el exilio? Quizá, lo peor del franquismo es que hizo olvidar. Yo creo que había también un problema de desconocimiento de los propios orígenes. Pero, ¿como vuelves a conectar todo eso? Todo ese trabajo de reconstruir un tejido roto es una labor enormemente difícil, y a lo mejor no es la segunda generación, sino la tercera la que está en condiciones de hacerlo. En todo caso, es una tarea colectiva difícil. Curiosamente, mi padre era un galleguista de culto y, aunque iba mucho a Galicia, no vivía allí. Era realmente un galleguista de culto entre sectores muy minoritarios. En los años 90 sigue siendo un galleguista de culto, pero llega a un grupo más amplio. Toda una serie de personas, mucho más jóvenes, entre 30 y 40 años: Marga Romero, Xulio Ríos, toda la gente de Gondomar...

Esa es otra faceta de mi padre, la investigación histórica sobre el conde de Gondomar, de nuevo

algo muy bien elegido porque es un personaje importante para la historia y la identidad de Galicia. Gondomar, como mi padre, es un galleguista y, al mismo tiempo, diplomático. Mi padre estaba destinado a ser el estudioso de Gondomar, casi el alter-ego. En Gondomar hay un grupo de jóvenes galleguistas que admiran la labor de mi padre, llegan a conocerle en vida y entablan una relación muy estrecha con él, y que son —junto con Isaac Díaz Pardo— los propagandistas de mi padre. Por razones generacionales, Isaac Díaz Pardo es la bisagra. Luego hay personas más jóvenes, una generación más perdida, que reencontran esos orígenes y se reencontran con personas como mi padre, lo que me alegra mucho y agradezco enormemente.

Desde los años 80 mi padre hacía su aportación desde un ámbito mucho más reducido, privado e informal. En los años 90, aunque fuera a pequeña escala y en los círculos minoritarios y de culto, mi padre ejerció una gran influencia, su voz y su punto de vista fueron recogidos y valorados.

—M.: ¿Fue una satisfacción para Lois Tobío el que las nuevas generaciones lo valorasen y lo recuperasen?

—C.T.: Sí, fue como un regalo de los últimos años de su vida, porque él realmente pensaba cuando tenía cerca de 70 años que todo aquello no era más que historia. Él se resignaba porque tenía un fuerte sentido generacional. Tenía una cierta idea de ciclos, de que todo permanece. Incluso con su obra nada le urgía, todo lo dejaba en manos del tiempo, hasta el extremo de que al morir mi padre encontramos una novela suya. Jamás me había dicho nada. Yo sabía que había dos textos inéditos, la traducción de las *Elexias* y el libro sobre *Gondomar*.

Él lo solía dejar todo diciendo: “que cada cosa tiene su momento”. Yo le respondía que había que activar las cosas. Él, a la vez que podía ser muy activo cuando veía que era el momento, tenía una actitud de no forzar nada, de dejar hacer... Al final hay toda una serie de cosas que le fueron ofreciendo, que se le fueron presentando como oportunidades, personas interesadas en escucharle sin que él tuviera que hacer ningún esfuerzo.

Como estas personas, muchas otras hubiésemos querido escuchar a Lois Tobío. Gracias a Constanza Tobío, su hija, podemos publicar en *Madrygal* esta entrevista que nos acerca apasionadamente a la vida de este gran intelectual, “mediador entre lenguas y culturas”. *Graciñas, Constanza, por tu tiempo y amabilidad.*

